La Guerra del Gas en Bolivia: Más allá de la resistencia al neoliberalismo.

Moras, Rosana.

Cita:

Moras, Rosana (2007). *La Guerra del Gas en Bolivia: Más allá de la resistencia al neoliberalismo*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/564>

La Guerra del Gas en Bolivia: Más allá de la resistencia al neoliberalismo.

Moras, Rosana

Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Moras_r@yahoo.com.ar

El proceso de acumulación del capital a nivel mundial, al finalizar la crisis de superproducción de principios de la década del '70, toma un nuevo rumbo, asumiendo una nueva forma que sus voceros llamaron "neoliberalismo" y que se extendió por todo el planeta. Si bien en cada territorio nacional esa nueva forma tuvo sus especificidades locales, las secuelas fueron universales. América Latina no dejó de ser una víctima más de este proceso. Frente a la desolación que va dejando un huracán, la teoría social latinoamericana se encuentra con nuevos fenómenos a explicar y nuevos desafíos a emprender.

Siendo el conflicto inherente a la historia de las sociedades, éste va asumiendo diferentes formas ante los cambios en la dominación. Michel Foucault afirma que "donde hay poder hay resistencia, y no obstante (o mejor, por lo mismo), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder" (Foucault 1987:116). Es decir, las relaciones de poder solamente pueden entenderse a partir de los puntos de resistencia. El poder entendido a partir de su ejercicio, relaciones de poder que se construyen y van atravesando todo el tejido social al mismo tiempo que se va estableciendo un enjambre de puntos de resistencia. De este modo, ante esta nueva forma que asumió la dominación surgieron nuevas formas de resistencia y de lucha. Perry Anderson señala que estas nuevas formas de lucha contra el neoliberalismo asumen riesgos particulares en América Latina dado que "...la resistencia al neoliberalismo y al neoimperialismo conjuga no solamente lo cultural sino lo social con lo nacional – es decir, comporta una visión emergente de otro tipo de organización de la sociedad, y de otro modelo de relaciones entre los estados" (Anderson 2003).

El objetivo de este artículo será analizar la Guerra del Gas como fenómeno social que fue más allá de la resistencia del pueblo boliviano al modelo neoliberal. Fue la emergencia de nuevas identidades y reconfiguraciones sociales las que interpelaron al Estado boliviano, monocultural y excluyente, denunciando su colonialidad y racismo. La mirada propuesta dejará de lado la trama que ya ha sido analizada por diferentes autores, para centrarse en el largo camino que concluyó en una sola consigna nacional *El gas es nuestro*, como síntesis de nuevas nociones de nación, nacionalidad, estado, territorio, identidad, soberanía, futuro.

NUESTRA AMERICA

Debemos remontarnos a la llegada de los europeos a América. Fue la llegada de "un hombre europeo, capitalista, militar, cristiano, patriarcal, blanco, heterosexual

que llegó a América” (Grosfoguel 2006:25). A partir de la conquista y colonización de América, Europa se convirtió en el centro de la dominación mundial y, dado que no se pueden establecer relaciones de dominación sin discursos de saber, la Modernidad produjo la emergencia de una nueva configuración de relaciones intersubjetivas entre Europa y las demás regiones del mundo. La Modernidad nace con la conquista de América. Porque a nuestro continente no llegó únicamente un sistema económico capitalista sino, como afirma Ramón Grosfoguel, “...una imbrincada estructura de poder más extensa que la netamente económica” (Grosfoguel 2006:25). El discurso de la Modernidad pretendió dar cuenta de una historia de progreso unilineal hacia un punto de perfección logrado por la civilización y éste era, indudablemente, Europa Occidental. De esa forma se construyó un Otro: los pueblos colonizados y sus culturas quedaron en un lugar de marginalidad, de inferioridad, en un oscuro pasado en esta nueva perspectiva temporal de la historia. Así fueron acalladas las formas de producción de conocimiento en las otras regiones del mundo, como sucedió en Latinoamérica, las diversidades en las formas de producir sentidos y encontrar explicaciones, las construcciones de otros universos simbólicos, las diferentes objetivaciones. Al mismo tiempo, ese discurso moderno fue exportado a todas las regiones del mundo y como afirma Aníbal Quijano, así es como los colonizados fueron colonizados también en sus saberes: “De ahí que cuando miramos a nuestro espejo eurocéntrico, la imagen que vemos sea necesariamente parcial y distorsionada” (Quijano 2003: 226). Porque este movimiento unidireccional relaciona elementos homogéneos en la continuidad de procesos históricos que van mutando, desapareciendo fenómenos para dar lugar a unos nuevos. Su centro de mirada está en Europa. Sin embargo, en América Latina nos encontramos simultáneamente con elementos heterogéneos que se encadenan en forma discontinua y conflictiva. América Latina conformada por indios, mestizos, negros, mulatos pero también colonizadores blancos, criollos, más tarde inmigrantes europeos, debe su riqueza cultural a su diversidad, a la heterogeneidad de las tradiciones de los pueblos originarios, a sus culturas, a sus creencias, a sus saberes. Esa heterogeneidad de culturas y pueblos fue recorriendo los mismos caminos en sus luchas contra el invasor que venía a expropiarla, luego fueron las independencias y, a lo largo de los siglos, fueron hilvanándose nuevos enfrentamientos contra los distintos poderes hegemónicos que se imponían.

El colonialismo ha dejado de existir en su forma política a partir de los procesos emancipatorios que se sucedieron en toda América Latina a lo largo del siglo XIX, dando surgimiento a los Estados-nación. Sin embargo, su persistencia en el tiempo ha sido dada a través formas sociales y culturales. Debemos distinguir, entonces, entre colonialismo y colonialidad. Esto lleva a Boaventura de Souza Santos a afirmar que “...vivimos en sociedades donde no se puede entender la opresión o la dominación, la desigualdad, sin la idea de que seguimos siendo, en muchos aspectos, sociedades coloniales” (de Souza Santos 2006:50).

Este “Patrón de poder colonial” (Quijano 2003) tuvo como principio organizador el concepto de raza; todas las regiones del planeta con sus poblaciones, fueron afectadas en todos los órdenes de sus vidas, más allá de los estrictamente económicos. Porque la división internacional del trabajo ha dividido al mundo en países centrales que organizan el trabajo de los países periféricos (no europeos,

luego no norteamericanos-europeos) a través de todos los medios disponibles a su alcance (autoritarismo, invasiones, guerras, etc), pero al mismo tiempo al interior de nuestros países el “patrón de poder colonial” basado en la categoría “raza” produjo modificaciones en las culturas, las formas sociales y políticas, las autoridades, subjetividades, las formas de organización del trabajo, etc.

Quinientos años de conquista, colonización, expoliación, pero también quinientos años de rebelión y resistencia de una América Latina que no se resigna a la dominación.

BOLIVIA

Todas las categorías conceptuales enumeradas en la introducción, toman una especial nitidez en la realidad de Bolivia.

“Los aborígenes son una raza débil en proceso de desaparición. Sus rudimentarias civilizaciones tenían que desaparecer necesariamente a la llegada de la incomparable civilización europea. Y así como su cultura era de calidad inferior, así quienes siguieron siendo salvajes lo fueron en grado sumo: son las muestras más acabadas de la falta de civilización”. Si bien estas palabras fueron escritas por Hegel (Como se cita en Argumedo 1993:29), no están lejos del pensamiento que asumieron las elites locales en cuanto a una futura extinción de las poblaciones indígenas para luego enfrentarse a lo que Pablo Stefanoni llama *pesadilla del asedio indio*. (Stefanoni 2002:8) La rebelión de Tupac Katari en el siglo XVIII es un claro ejemplo de la resistencia y lucha de los pueblos originarios que llevaron a las elites a considerar al indio como bárbaro a ser exterminado. La construcción del dilema Civilización o Barbarie significó la perpetuación de la dominación colonial. Siguiendo el caso de Bolivia, estos sentimientos hostiles hacia el indio fueron reforzados más tarde por la Rebelión de Zárata Wilka en 1899.

Si bien la constitución de los Estados-nación en Europa significó la homogeneización de sus poblaciones confiriéndoles una identidad común, en Bolivia esto no sucedió, al igual que en el resto de América Latina. El Estado-nación y su conjunto de instituciones liberales reconocieron la identidad indígena pero como identidad subordinada lo cual operó como cierre social al mismo tiempo que determinó la exclusión política de todos aquellos que entraron en la categoría “indio”. Esto llevará a René Zavaleta a la definición de *Estado Aparente*. “Estados sin nación, sin nación producida en la construcción local del poder” (Como se cita en Stefanoni 2002:9). Dentro de esta forma de Estado se encierra lo que Luis Tapia denomina *abigarramiento social*: Se da en ellos una “condición de sobreposición de diversos tipos de sociedad, que coexisten de manera desarticulada, estableciendo relaciones de dominación y distorsión de una sobre las otras” (Tapia 2002:10). Como señala el autor, dentro de una territorialidad y bajo el dominio de un mismo estado, conviven “diferentes tiempos históricos, diferentes civilizaciones, en un mismo territorio y presente político y social” (Tapia, 2002:10). Así es como Bolivia queda conformada bajo un estado monocultural y monosocietal, pero que resulta un vano intento de unificación de diferentes culturas y formas sociales. Es decir, una continuidad y reacomodamiento de la

colonialidad del poder, ahora sobre nuevas formas institucionales. Como afirma Aníbal Quijano “La homogenización nacional de la población, según el modelo eurocéntrico de nación, sólo hubiera podido ser alcanzada a través de un proceso radical y global de democratización de la sociedad y del Estado. Primero que nada, esa democratización hubiera implicado, y aún debe implicar, el proceso de la descolonización de las relaciones sociales, políticas y culturales entre las razas, o más propiamente entre grupos y elementos de existencia social europeos y no europeos. No obstante, la estructura de poder fue y aún sigue estando organizada sobre y alrededor del eje colonial. La construcción de la nación y sobre todo del Estado-nación han sido conceptualizadas y trabajadas en contra de la mayoría de la población, en este caso, de los indios, negros y mestizos” (Quijano 2003:236).

Dentro del esquema de colonialidad, Bolivia queda conformada por dos Bolivias, dos naciones que corren paralelas, contenidas bajo un mismo estado. Una de ellas, la Bolivia oligárquica, propietaria, capitalista, mestiza, reproduce el patrón de acumulación a partir de la dominación de la otra Bolivia, aquella conformada por sus pueblos originarios, indios y campesinos. Esta dominación ejercida desde lo económico, en tanto explotación de los *campesinos* como fuerza de trabajo rural o como pequeños productores es, al mismo tiempo, dominación cultural y racial, en tanto *indios* oprimidos colonialmente, en la negación de las naciones originarias, de sus culturas, sus formas de organización. Es decir, la categoría *indio*, que determina una etnicidad, una pertenencia cultural, un pasado, es entrelazada con la categoría económica *campesino*.

“Bolivia se nos muere”

Bajo esta expresión el presidente de Víctor Paz Estensoro anunciaba el Decreto Supremo 21.060 que pondría en marcha las políticas de shock tendientes a frenar la crisis hiperinflacionaria por la que atravesaba en país en 1985. Sin embargo, no se trató únicamente de la instrumentación de políticas tendientes a la estabilización de las variables macroeconómicas sino que significó una nueva forma que asumió el proceso de acumulación de capital al interior del territorio boliviano, lo cual produjo un cambio en la dominación con alcance a todo el tejido social. El nuevo bloque de poder personificado en el Estado se ocupó de desarticular los componentes remanentes de la Revolución del '52, haciendo una adaptación de lo legal y jurídico a las necesidades del nuevo modelo neoliberal.

En lo estrictamente económico, se puso en marcha un modelo de acumulación intensivo en capital que no representó generación alguna de empleos ni un motor de dinamismo de las demás actividades económicas bolivianas, enajenándose las riquezas de hidrocarburos, que recayeron en manos de compañías transnacionales, al igual que los demás sectores dinámicos de la economía (comunicaciones y servicios financieros). Los grandes ganadores fueron los capitales transnacionales y sus socios locales, minoritarios. Los resultados para Bolivia fueron la exportación de sus materias primas y recursos naturales sin valor agregado ante el fracaso en la modificación de la matriz productiva del país, sumados el aumento de la concentración de la riqueza y el consumo, al mismo tiempo que se disparaban las tasas de desempleo, pobreza y marginalidad. “Esa realidad es reconocida no solamente por los gobiernos sino también por los

organismos multilaterales. Lamentablemente, este reconocimiento es asimilado como una simple evidencia cuantitativa, como un “dato” más de la realidad nacional, y no ha existido voluntad política alguna para una consideración profunda acerca de sus causas y sus consecuencias” (Escobar de Pabón 2003:47).

Estas fueron especificidades locales que asumió dentro de la territorialidad nacional el proceso de acumulación de capital, en su fase llamada “globalización”. Es importante detenernos en el punto referido a la privatización de las reservas energéticas. El traspaso de la explotación y propiedad de las reservas bolivianas a manos privadas de empresas transnacionales fue realizado a través del decreto 24806, de la ley 1689 (Ley de los Hidrocarburos), firmado por el presidente Sánchez de Lozada dos días antes de terminar su primer mandato presidencial, el día 4 de Agosto de 1997. Éste fue definido como secreto, ilegal e inconstitucional. Antes de la capitalización, el Estado boliviano era propietario de una parte de los hidrocarburos. Con la capitalización, pasaron todos los recursos a manos de las transnacionales. Con la reclasificación de los pozos petrolíferos se diferenció entre reservas nuevas que pagan el 18% en concepto de regalías y reservas existentes que pagan el 50%. El 94% del total de reservas fueron “descubiertas” recién después de la capitalización. Los ingresos al Estado boliviano por hidrocarburos alcanzaban un promedio de 350 millones de dólares anuales entre 1990 y 1995. Pero ya en el año 2003 las transnacionales no llegan a pagar 150 millones de dólares al año en regalías e impuestos.

Si bien la pérdida de ingresos por parte del Estado recayó en los consumidores bolivianos quienes pasaron de pagar 0.92 millones de dólares en concepto de impuestos en el año 1995 a 190.80 millones de dólares en 2001, hay otra doble significación en esta “pérdida”. Por un lado, las privatizaciones impactaron en una larga memoria nacionalista del pueblo boliviano dado que “...las conquistas populares tienen que ver con las nacionalizaciones, y porque la idea del complot internacional imperialista contra Bolivia forma parte de la identidad nacional” (Mayorga, entrevista de O’Donnell, 2007). La segunda significación de “pérdida” está dada por lo que Ana María Ceceña señala al afirmar que “No se trata, como en otros casos, de una simple privatización de algún espacio estatizado, sino de la expropiación de territorios y riquezas naturales junto con el sentido de la vida que han construido históricamente” (Ceceña 2001:1).

En la década y media que siguió a este nuevo modelo de acumulación sustentado desde un discurso único neoliberal, se produjeron fuertes reconfiguraciones en la sociedad boliviana. El obrero minero como sujeto político-social desaparece con la privatización de las minas. Su identidad construida desde y para el Estado de la Revolución del ’52, es desarticulada. De esta forma, desaparece la acumulación de la experiencia de la lucha de clases, sustentada en la transmisión de generación en generación. También con ella quedará atrás el ideal de Nación y nacionalismo que surgió con la Revolución.

El campesinado del Altiplano también será profundamente afectado a partir de las nuevas políticas. Por un lado, el Estado no invertirá en la ampliación de las bases productivas campesinas con políticas que posibiliten el acceso a tierras, créditos y subsidios, asistencia técnica e investigación agropecuaria. Y por otro, la apertura

comercial significó un duro golpe al sector agropecuario nacional, que se vio imposibilitado de competir con productos provenientes de países con un grado de avance tecnológico superior al local. Estas han sido las causas del fuerte deterioro de las condiciones de producción y de vida del campesinado del Altiplano, lo cual trajo como consecuencia un flujo migratorio interno muy importante, siendo el principal destino la ciudad de El Alto. Es importante resaltar que el campesinado ha sido conciente en asociar su empobrecimiento y la desintegración social del campo con las condiciones impuestas en el marco de las políticas neoliberales.

Bolivia renace

Es imposible escindir un proceso económico de su contrapartida política y social. En el caso boliviano, el cambio en el proceso de acumulación de capital generó una profunda reconfiguración del estado que produjo quiebres y grietas a través de las cuales pudo darse una explosión de identidades y nuevas formas de lucha contra la dominación.

El renacimiento de Bolivia será a partir de la reconstitución de las identidades acalladas, de una relectura del pasado y la recuperación de las organizaciones ancestrales, todo ello sumado a una nueva mirada hacia el futuro. Identidad y formas colectivas de organización confluyen en este nuevo presente de Bolivia. Porque las identidades colectivas subalternas se reconstituirán a partir de las identidades campesino-indígenas. De esta forma, se interpelará al Estado desde fuera de él, a partir de organizaciones horizontales que han reelaborado y redefinido conceptos como identidad, autonomía, nación, territorialidad, futuro.

Como señala Álvaro García Linera "... no es raro que los indios, esencialmente los aymaras, se reconozcan como otro pueblo, como otra nación, y hayan emprendido desde tiempo atrás toda una estrategia práctica de reapropiación política y simbólica del territorio para consolidar formas de autogobierno indígena" (García Linera 2004).

Así el "*rostro indio* aparece por fuera del paraguas del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario)" (Stefanoni 2002:2). Indudablemente este largo camino comenzó mucho antes, pudiendo situar su punto de partida a fines de la década del 70' ante el fracaso de la ciudadanización que había pretendido la Revolución del '52. Con el surgimiento de nuevas generaciones indígenas urbanas, que fueron consecuencia del éxodo del campo a las ciudades, se fue tejiendo esta reidentidad. No se trató únicamente de migraciones internas del campo a la ciudad, sino que llegaron a las ciudades formas de organización y socialización propias de las comunidades originarias en su vida rural. Estas formas de organización y socialización en las ciudades, como veremos más adelante en la ciudad de El Alto, cobraron una gran dimensión, al mismo tiempo que fueron una respuesta a la indiferencia y abandono de vastas extensiones de la población que introdujo el modelo neoliberal asumido por el Estado. Asimismo, este proceso de reidentidad también se vio favorecido cuando muchos jóvenes pertenecientes a la nación aymara, ya en las ciudades, estudiaron en las universidades para convertirse en una elite intelectual propia. La joven

intelectualidad aymara será la que aportará un fuerte discurso centrado en la identidad y autonomía, reconceptualizando al indio como sujeto político social al mismo tiempo que denunciará la colonialidad vigente en el Estado boliviano. Poco a poco esta nueva elite intelectual aymara va a ocupar cargos en la administración de comunidades de todo el Altiplano. Estamos frente a la emergencia de una nueva forma de ciudadanía totalmente opuesta a aquella que pretendió sin éxito la Revolución del '52. Ésta había buscado la inclusión a partir de la campenización del indígena. Por el contrario, esta nueva forma de ciudadanía, principalmente aymara, estará por fuera del Estado y disputándole su legitimidad a partir de organizaciones de poder comunitario originario que correrán en forma paralela a las instituciones liberales. La brecha entre las dos Bolivias, la originaria y la del Estado ahora devengado neoliberal, se verá cada vez más acentuada.

Al mismo tiempo, a partir de la década del '80 toma fuerza el movimiento campesino cocalero, principalmente en la región del Chapare, que se enfrenta al discurso del Estado liberal sincronizado con el de Estados Unidos, que asocian el cultivo de coca al narcotráfico. Las organizaciones cocaleras significaron la revitalización del movimiento sindical campesino, dando un fuerte impulso a las luchas sociales en Bolivia. El Katarismo aymara, que había surgido en la década del '70 dando fin al pacto Militar-Campesino aunque luego cooptado por el Estado, fue la fuente que aportó al movimiento sindicalista cocalero las nociones de autonomía, autoafirmación político-cultural indígena y la necesidad de romper con la colonialidad del poder vigente. Estas nociones se verán plasmadas posteriormente en el Instrumento Político.

LA GUERRA DEL GAS

Este movimiento insurreccional emprendido en los meses de septiembre y octubre de 2003 que terminó con el gobierno de Sánchez de Lozada, es la síntesis de una lucha contra el patrón de poder colonial que, como afirmó Ramón Grosfoguel, no se trata de una lucha contra el sistema capitalista únicamente sino contra una totalidad de imbrincaciones encerradas en esa forma que asume el poder en estas latitudes.

La Guerra del Gas está atravesada por tres dimensiones principales. En primer lugar, si bien es una clara lucha en defensa del territorio, la enajenación de las reservas gasíferas bolivianas también conlleva un profundo cambio en el significado de las nociones de nación, soberanía, futuro, impuesto desde el gobierno de Sánchez de Lozada a la sociedad boliviana. Será el proyecto de exportación de gas a Estados Unidos y México, a través de Chile, el disparador de un rotundo rechazo a esas nociones de nación, soberanía y futuro que venían sumadas a la apropiación de recursos naturales nacionales con ínfimas ganancias para el pueblo boliviano. En segundo lugar, si bien el motor del movimiento fue la defensa del gas para los bolivianos, su significación también iba más allá de lo estrictamente económico pues encerraba reivindicaciones indígenas, abarcando nuevas dimensiones de lo cultural, identitario, nacional. Fue la interpelación a un Estado monocultural excluyente, que ya no podía seguir acallando las voces de todas las naciones en él contenidas. La tercera dimensión contenida en la Guerra

del Gas está dada por la configuración de nuevos movimientos sociales que, partiendo de sus luchas regionales y locales, lograron aglutinarse bajo una sola consigna y adquirir una presencia a nivel nacional. En este movimiento se confirmó la tendencia al quiebre en las diferencias entre el campo y la ciudad y la confluencia, bajo liderazgos colectivos y hasta anónimos, de actores sociales tan diversos como indígenas, campesinos, mineros, coccaleros, obreros, gremiales, estudiantes, desocupados, profesionales empobrecidos. Es decir, tuvo la capacidad espontánea de articular lo heterogéneo y lo diverso, en una combinación de memoria comunal y experiencia obrera.

No se puede comprender la magnitud y dinamismo que cobró el movimiento insurreccional sin analizar el aporte que le dio El Alto. Siendo para algunos la “síntesis de las contradicciones del país”, la ciudad de El Alto tiene como rasgos fundamentales su identidad aymara, comunal, joven, obrera, pobre. Ubicada geográficamente en una planicie a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, desemboca en la quebrada de la ciudad de La Paz. Sus habitantes permanentes son 800 mil, que sumados a la migración temporal que recibe desde y hacia los demás departamentos, alcanza el millón. Junto a Santa Cruz de la Sierra, comparte el mayor crecimiento demográfico del país, con cada vez mayor llegada de migrantes de primera y segunda generación, casi todos aymaras y ex mineros expulsados de sus lugares de origen a partir de la implementación de la Nueva Política Económica de 1985. El 60% de su población tiene menos de 25 años y el 69% trabaja en la informalidad. Al mismo tiempo, el 26% es considerado extremadamente pobre y un 45%, pobres. La falta de infraestructura habitacional, sanitaria, educativa, etc, es una clara muestra de la ignorancia que recibe por parte del Estado.

El Alto cuenta con una vasta red organizacional que está dada por la Federación de Juntas Vecinales (FEJUVE), fundada en el año 1979, contando en la actualidad con más de 500 juntas vecinales distribuidas en 11 distritos y la Central Obrera Regional (COR), que fue fundada en 1989. La FEJUVE, como institución cívica y corporativa, apartidista y participativa en el ámbito municipal, se constituye a partir de la representación de cada una de las juntas vecinales de los siete distritos que conforman El Alto. Estas juntas vecinales, a su vez, tienen constante contacto con sus bases a través de asambleas vecinales que se convocan periódicamente para discutir necesidades y problemas locales que luego serán elevados a la FEJUVE. Es importante detenernos en la conformación de las juntas vecinales: la FEJUVE reconoce una junta vecinal siempre y cuando represente al menos a 200 miembros que pertenezcan a un territorio delimitado. La territorialidad es, entonces, el principio constituyente, unificador e identitario de una junta vecinal. De esta forma, en una misma junta vecinal convergen diferentes identidades sociales, sean éstas ex mineros, obreros, estudiantes, profesionales, comerciantes. “Esta cualidad territorial es importante puesto que se transforma en una potencialidad al momento de la movilización” (Orozco Ramírez, García Linera y Stefanoni (2007:255). Las características de la población de El Alto han hecho posible que, dentro de un espacio urbano, pudieran emerger formas de asociación y solidaridad propias de las comunidades originarias rurales sumadas a las memorias de los ex mineros. Si bien estos saberes y experiencias fueron puestos en marcha para la resolución de necesidades y problemas locales, al mismo tiempo constituyeron “... una estructura de soberanía territorial y, en un

momento determinado, en los nodos colectivos de una insurrección civil con capacidad de movilizar a jóvenes, ancianos, mujeres y niños en torno a sus mandos locales y el control del desplazamiento en sus respectivos barrios” (García Linera 2004).

El Alto aportó en la Guerra del Gas su autoafirmación, su organización, su politización, su discurso beligerante, a la vez que la fortaleza identitaria aymara pudo ser lo suficientemente flexible para abarcar lo diverso y lo heterogéneo, en una confluencia con otros actores sociales en su denuncia al colonialismo y el racismo del Estado boliviano, subyacente a la consigna *El Gas es nuestro*. Como respuesta, la represión ejercida contra la población de El Alto desnuda el racismo de la acción estatal-gubernamental no ya simbólica sino física que produjo la muerte de 76 vecinos y más de 400 heridos.

En plena Guerra del Gas, un cartel levantado por un piquete en la ciudad de Cochabamba señalaba “Todos somos Alteños”. En ella se sintetizaba no solamente el repudio contra la violencia ejercida contra la ciudad de El Alto y la solidaridad por sus caídos, sino también el reconocimiento al movimiento alteño, anónimo, horizontal, sin jerarquías, autoorganizado, autorepresentado, que no contó con renombrados líderes ni cabezas visibles. Un movimiento que no corre a ponerse un nombre representado en siglas ni busca una personería jurídica ni un lugar entre los partidos políticos, ni bancas ni espacio dentro de ese Estado al que denuncia por su colonialidad.

Bajo la consigna *El Gas es Nuestro* se sintetizaron todas las demandas de la sociedad boliviana. Se clamó por la finalización del modelo neoliberal, por el fin de esa forma de globalización que asumió el proceso de acumulación de capital que trajo localmente la ola privatizadora, las reformas estructurales, la apertura comercial, el hambre y la miseria. Luego, la recuperación de la soberanía nacional a partir de la reapropiación del territorio. Significó la defensa de las riquezas naturales y el uso del excedente en beneficio del pueblo boliviano y no de las transnacionales. Fue al mismo tiempo una lucha por la dignidad nacional, en oposición a la obediencia del presidente a los dictados de Washington canalizados a través de su embajador, como así también en contra de los oídos atentos a las presiones de las transnacionales, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. *El Gas es nuestro* también reclamó de qué nación se trata Bolivia, porque su clamor encerró viejas reivindicaciones acalladas, identidades, autonomías y naciones invisibilizadas. En este sentido, “No se trata de una consigna nacional, sino de una consigna que replantea popularmente la concepción de nación. Quizás sea ésta la razón por la que la defensa del gas estaba casada con la consigna popular de la Asamblea Constituyente” (Prada Alcoreza 2003:37).

La Guerra del Gas fue un choque de las dos Bolivias, las dos miradas diferentes sobre el territorio, sobre la nación, sobre el futuro. *El Gas es Nuestro* fue contra ese Estado monocultural personificado por el señor Sánchez de Lozada, blanco y rico, educado en los Estados Unidos, ahora interpelado por *los condenados de la tierra*, los excluidos del país de hoy como lo fueron también en el país de siempre.

BIBLIOGRAFIA

Anderson, Perry: *La batalla de ideas en la construcción de alternativas*. Ponencia en la XXI Asamblea y III Conferencia de CLACSO, La Habana, 2003. Disponible en: <http://www.clacso.org>

Argumedo, Alcira: *Los silencios y las voces en América Latina: Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Ediciones del pensamiento nacional, Buenos Aires, 1993. Cap. 1. “¿Desde qué “nosotros” pensar la Modernidad?”

Ceceña, Ana Esther: *La territorialidad de la dominación. Estados Unidos y América Latina*, en Revista Chiapas N° 12, México, 2001. Disponible en: <http://www.ezln.org/revistachiapas>

De Souza Santos, Boaventura: *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Encuentros en Buenos Aires, CLACSO, 2006. Cap. 2: “Una nueva cultura política emancipatoria”.

Escobar de Pabón, Silvia: *Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social. Demandas ignoradas, políticas anti-campesinas*, en Revista Osal N° 12, Buenos Aires, 2003. Disponible en: <http://clacso.org.ar>

Foucault, Michael: *Historia de la Sexualidad*, Tomo I: “La voluntad de saber”, Siglo XXI, México, 1987. Cap. IV 2. “Método”.

García Linera, Álvaro, *La sublevación indígena popular en Bolivia*, Revista Chiapas N° 16, México, 2004. Disponible en: <http://ezln.org/revistachiapas>

Grosfoguel, Ramón: *La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global*. En Tabla Rasa, Bogotá, Colombia N° 4, 2006.

O'Donnell, Santiago (2007, julio 22). Evo va en tren. *Página 12*, *El Mundo*.

Orozco Ramírez, Shirley, García Linera, Álvaro y Stefanoni, Pablo: “No somos juguete de nadie...” *Análisis de la relación de movimientos sociales, recursos naturales, Estado y descentralización*. AGRUCO, COSUDE, PLURAL, La Paz, 2007.

Prada Alcoreza, Raúl: *Perfiles del movimiento social contemporáneo: El conflicto social y político en Bolivia. Jornadas de septiembre-octubre de 2003*. Revista Osal N° 12, Buenos Aires, 2003. Disponible en: <http://clacso.org.ar>

Quijano, Aníbal: “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander (comp.) *La colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires, 2003.

Tapia, Luis, *La condición multisocietal. Multiculturalidad, pluralismo y modernidad*. Muela del Diablo Editores, La Paz, 2002.

Stefanoni, Pablo, *El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995-2003)*, Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO, 2002.